BOLETÍN
LUCES
Nº16 Especial II Concurso Literario y de Ilustración

Fundación APASCOVI
Compromiso con las personas con discapacidad

Los ganadores del II Concurso Literario y de Ilustración, junto a las alcaldesas de Alpedrete, Collado Villalba y Colmenarejo y concejales que asistieron a la entrega de premios el 3 de diciembre en el Centro Cultural de Alpedrete

El Ayuntamiento de Alpedrete cede un local a APASCOVI

El Ayuntamiento de Alpedrete eligió el pasado 3 de diciembre, Día Internacional de las Personas con Discapacidad, para hacer efectiva la cesión de un local ubicado en la Plaza de la Constitución para uso social y formativo a la Fundación APASCOVI. A la firma del convenio de colaboración entre ambas entidades acudieron la alcaldesa, Marisol Casado, y la directora general de APASCOVI, Teresa Sánchez.

VI JORNADA DE LA DISCAPACIDAD

Ese día se celebró la VI Jornada de la Discapacidad, que dio comienzo en la Ermita de Santa Quiteria, desde donde partió una marcha por el municipio hasta la Plaza de la Villa, lugar en el que se colocó una pancarta con el lema de la jornada en el balcón del Ayuntamiento: "Alpedrete por una plena integración". A la misma asistió el viceconsejero de Familia y Asuntos Sociales de la Comunidad de Madrid, Carlos Izquierdo Torres, acompañado por la alcaldesa y varios concejales, así como unas 400 personas, entre las que se encontraban escolares, vecinos y asociaciones miembros de la Junta Local de la Discapacidad, de que la Fundación APASCOVI también forma parte..

PRIMER PREMIO RELATO

LA ESTRELLA MÁS BRILLANTE

Alicia Contreras Lozano

1, 2, 3, 4, 5....
Guillermo contaba sentado sobre la mesa, mirando a través de los cristales de la ventana de su habitación. Fuera la noche era fría y muy estrellada, con un viento fuerte que agitaba las pocas hojas que quedaban en los árboles del jardín.
El día había sido largo y triste, muy triste. La familia se había despedido del abuelo en una ceremonia íntima y sencilla. Sara y Pablo habían decidido que Guille no les acompañara: -me asusta que no lo pueda entender- dijo Sara, en un intento por proteger a su hijo.
Por la mañana Guille les había preguntado por el abuelo Manuel. ¿y el abuelo? ¡Quiero ir al parque! Ya no está con nosotros. ¿Dónde está? En el cielo. Es un lugar muy bonito. Ahora el abuelo vive ahí.
23, 24, 25, 26....
Hacía poco más de diez años que Guille había abierto sus ojos al mundo. Era el día más feliz para Sara y Pablo. Era bonito, el más bonito, con unos enormes y preciosos ojos azules, que parecían mirarlo todo. La felicidad invadió su hogar junto con un dulce olor a bebé, y lo inundó de pañales, biberones, patucos, baberos, abrazos y besos, muchos besos.
Pero con el tiempo una sombra fue instalándose en sus corazones, primero pequeña, llena de dudas, incertidumbres, sospechas, dolor... y fue creciendo y creciendo, hasta llenar todo su hogar. Los momentos de alegría y felicidad se daban la mano con preguntas sin respuestas, con pinchazos en el alma que no querían ir más allá, con lágrimas silenciosas, a escondidas, para no hacer sufrir al otro, al compañero de viaje. Algo iba mal.
59, 60, 61, 62, 63...
Autismo. Todo su mundo se redujo a una palabra. Autismo. Y lo puso patas arriba. Ese era el nombre de la sombra que venía a romperlos en mil pedazos, a enfrentarles de lleno con la incomprensión, la injusticia, el miedo, el desamparo, la soledad y de nuevo la injusticia. Sara y Pablo lloraron y lloraron, con un silencio a gritos, unas veces a solas y otras ellos dos juntos, uno al lado del otro. Tuvieron que recorrer un camino nuevo, y lo hacían con ritmos y velocidades diferentes, a veces se separaban en el camino, pero siembre se encontraban.
Guille estaba ahí, con ellos, desde su soledad, siendo el de siempre y a la vez alguien a quien descubrir día a día, y eso les sobraba: él era feliz y ellos también.
82, 83, 84, 85, 86...
Tardó en hablar. Tanto que Sara y Pablo llegaron a pensar con tristeza y miedo que nunca lo haría. Y su hogar se llenó de palabras silenciosas, de fotografías y dibujos que daban nombre a las cosas. Y se entendían, los tres se entendían, y disfrutaban. Dicen que el lenguaje corporal habla más de uno mismo que las palabras, y aprendieron a interpretar y leer ese lenguaje con el que se comunicaba Guille, a entender sus movimientos, sus miradas esquivas, sus enfados y rabietas, sus miedos, sus risas.
Tardó en hablar, pero cuando lo hizo no calló, aunque su cuerpo seguía diciendo más que sus palabras y sus preguntas a veces no esperaban respuesta.
103, 104, 105, 106...
El abuelo Manuel quería a su nieto con locura y Guille quería a su abuelo con la misma locura. Con esa entrega, ternura y calidez que sólo un abuelo puede dar, en ese punto donde la vejez y la infancia se dan la mano y abrazan, como partes de una misma historia. He oído que uno aprende a ser padre cuando es abuelo y a ser hijo cuando

PRIMER PREMIO RELATO

Alicia Contreras Lozano, vecina de Alpedrete, obtuvo el primer premio en la segunda edición del Concurso Literario de la Fundación APASCOVI con "La estrella más brillante". La alcaldesa de Alpedrete, Marisol Casado, que además ejercía de anfitriona, le entregó un cheque de 300 euros además de un diploma y una placa.

es padre: Manuel aprendió todo de golpe, y también a ser niño, amigo, confidente. Desde muy pequeño, Guillermo daba la mano a su abuelo Manuel y sin mirarle le dirigía a la puerta de la casa. –Guille, ya lo sé, quieres ir al parque-. Y así agarrados de la mano, disfrutaban y aprendían el uno del otro. Se les veía en el parque, hiciera calor o frío, haciendo dibujos en la arena, cogiendo hojas, riendo. A Guille no le gustaban los abrazos y besos, pero cuando estaba feliz, se acercaba mucho a Manuel, hasta que su espalda tocaba con la fuerte pierna de su abuelo y así se quedaban un rato los dos, en silencio, hasta que el abuelo le decía –Yo también te quiero Guille-, y regresaban de nuevo a casa, siempre por el mismo camino.

121, 122, 123, 124...

Nadie les dijo que fuera fácil. Guillermo tenía un código diferente, una forma distinta de sentir y ver el mundo. "Caos", les habían dicho. Pero Sara y Pablo tenían un sexto sentido que les daba pistas para abrirse paso en ese caos y llegar a su hijo, continuamente buscaban la llave que abría el cajón secreto de Guille. Y a veces la encontraban, y disfrutaban y eran felices. Su hogar dejó los biberones, pañales, baberos... y se llenó de rutinas, frases cortas, valentía, risas, abrazos, besos, paciencia, puzles y coches, muchos coches.

148, 149, 150, 151...

Guillermo no entendía de matices. O le gustabas o te rechazaba. O disfrutaba o sufría. El mar solo podía ser azul y el yogurt solo de fresa. Se movía del blanco más níveo al negro más azabache. Su mundo no estaba hecho de grises.

Un día Sara se acercó al colegio y vio a su hijo en el recreo, solo entre una multitud, perdido en un lugar conocido, silencioso entre la algarabía, mirando sin ver... y lloró por Guille y por todos los Guilles del mundo. Pero lo que Sara no sabía es que su hijo no se encontraba perdido, estaba empezando a organizar su mundo, colocando todo lo que veía en su cajón de los círculos, cuadrados y triángulos. El sol en el círculo, la ventana en el cuadrado, el tobogán en el triángulo, la pelota en el círculo, el libro en el cuadrado, el sándwich en el triángulo... y así todos los objetos que le rodeaban. Ahora tenían un sitio en su mundo, él había encontrado la llave. Cierto que había cosas que no sabía dónde colocar, así que creó el cajón de los "no círculos, no cuadrados, no triángulos", y metió en él el azul del cielo, el frío, la tos, a Paula -su profesora-, los gritos de sus compañeros de clase, el ruido de la tiza, el miedo, el calor del radiador, el dolor de tripa, el abrazo del abuelo... las cosas empezaban a tener un sentido.

Había mucho que colocar, pero le gustaba. Era como hacer un puzle enorme. Cada pieza en su sitio, y a él los puzles se le daban bien, eso le decía siempre Pablo, su padre.

174, 175, 176, 177...

Guillermo continúa sentado sobre la mesa, mirando a través de los cristales de la ventana de su habitación. El viento sigue soplando fuerte. No les oye llegar, Sara y Pablo están en la puerta, a su espalda, observándole.

189, 190, 191, 192...

-Guillermo, ¿qué haces hijo? ¿Por qué cuentas?-. El abuelo me dijo que no quería perder a su estrella más brillante, por eso estoy contando todas las estrellas, para no perder ninguna. Sara y Pablo se acercan a su hijo. Guillermo apoya la espalda en su padre, fuerte, muy fuerte y así permanecen los tres juntos. –Yo también te quiero hijo.

197, 198, 199 y 200 estrellas.

SEGUNDO PREMIO RELATO

UNA CENA ESPECIAL

Chema Pozas del Rey

¿Habrá alguien que me quiera? La pregunta relampagueó sobre los vapores del sofrito, entre las vueltas sin ton ni son con las que mareaba el contenido del wok.

Estela se quedó tiesa por dentro, pero no dejó de hacer pequeños dados de zanahoria, si acaso menos simétricos. Viernes. Noche de cena oriental. Solía decirle que cocinar juntos era la primera de las tres delicias que prometía el arroz.

¿Pero, qué ocurrencia es esa? Hay mucha gente que te quiere. Yo te quiero, tu padre te quiere... Conocía de sobra esa mirada conspiranoica. La cadencia cansina del cucharón de madera. Mario, dale vueltas, no dejes que se pegue. Ponle un poco más de brío.

Ya ...

Los chicos y chicas del grupo de danza. Los compañeros de Judo. La pandilla del instituto. Manuela: su amiga de la infancia. Los vecinos de abajo, siempre al quite. Sus primos. La gente de la asociación. La pediatra... Estela repasó mentalmente la lista de quienes les habían demostrado un cariño a prueba de cromosomas dispares. Tuvo que morderse la lengua para no hacerlo en voz alta. Había aprendido, en el curso de los años, a no ser, con él, demasiado enfática. Lo resolvió con un nada condescendiente:Hay un montón de gente que te quiere. Sin embargo, le bastaron las palabras cruzadas con su pinche para percibir que algo se cocinaba más allá del arroz chino.

Me quieren porque sí. Eso no cuenta.

Esa es la mejor manera de querer. Porque sí. Es lo contrario lo que no cuenta.

El silencio intrigante de Mario planeó sobre la verdura salteada, resistiéndose a ser engullido por la campana extractora, como un mal humo más. La vida se empeñaba en agarrarse a las sartenes, por bueno que fuera el cocinero, y había aprendido, que

Chema Pozas del Rey, de Cercedilla, logró el segundo premio del Concurso Literario de la Fundación APASCOVI con "Una cena especial". El concejal de Juventud de Collado Villalba, Adam Martínez, le dio un cheque de 200 euros además de un diploma y una placa.

con su hijo no valían las recetas. Tacos de jamón york y mirada perdida. Gambas al gesto displicente. Guisantes salteados con angustiosos resoplidos.

Atento, que hecho el arroz. Ahora sí, no dejes de remover.

La concentración que reclamaban los fogones era una manera de poner las neuronas en cuarentena, aunque ese día su hijo pareciese empeñado en llevarle la contraria. Con cuidado, no vaya a ser que lo eches fuera. ¿No crees que le falta algo? La salsa de soja... -Lo dijo con ese tono de: mamá, no seas pesada, que solía emplear en ciertas ocasiones, con criterio, y solo cuando era estrictamente necesario. Cualquier otro día se hubiera mostrado excitado ante la sola mención de un aliño por el que bebía los vientos -. Bueno, cuando nos sentemos a cenar, vas a hablarme de eso que te ronda por la cabeza. Que estás muy raro.

Colocaron el atrezzo de la cena a cuatro manos, en un paso a dos bien ensayado, cuyo último gesto fue sentarse frente a frente, y esgrimir los palillos de madera como voraces patas de insecto. Mario merodeaba entre los granos llevándose a la boca, de cuando en cuando, un puñado inapetente.

—¿No comes?

—No tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre. ¿Es que no me vas a decir lo que te pasa?

Estela manejaba los silencios con la paciencia sofisticada de un espía. Mario conocía de sobra la técnica de su oponente, sabía que resistirse solo aumentaría la presión del interrogatorio. Además el arroz les había quedado de muerte.

—Nada. ¿Lo ves? Ya estoy comiendo.

—No disimules... se te da fatal. - Le apuntó con los palillos, que habían hecho presa en una gamba, para reforzar su argumento -.

—Mamá, ¿Yo te parezco feo? - Dijo, con un dolor grave e inocente, guiñando el ojo izquierdo de más, sin levantar la cabeza del plato -.

Estela advirtió una angustia púber atrapada entre los signos de interrogación.

No. Mario ya no era un niño.

—¿Es que alguien te ha dicho que eres feo?

—No.

—¿O te lo ha hecho sentir?

—Nadie. - Sentenció él, llevándose a la boca un triste guisante -.

—Mira, Mario, la belleza depende de los ojos con los que se miran las cosas. Y, no se... - dudó por un momento - ¿a qué viene esa pregunta?

Había procurado adelantarse a los cambios que se avecinaban. Y había enfrentado la zozobra que le producía la dichosa palabra, adolescencia. Como otras veces, había leído algún libro, navegado por los foros, consultado a la psicóloga, asistido con asiduidad al grupo de padres y, como otras veces, acabó por alimentar una confianza ciega en sí misma, en su hijo, y en el coraje que también anida en la diferencia. No le había quedado otra.

Mario sabía que su madre también sabía, o que al menos creía saber lo que le preocupaba. Casi siempre era así, y, sin embargo, le costó elegir las más adecuadas entre el despendole de palabras en su cerebro.

—¿Podré gustarle a alguna chica?

La pregunta gravitó sobre sus cabezas esperando a que alguien se hiciera cargo de ella. La metamorfosis había comenzado por algo en apariencia intrascendente: la ropa. Eso de ir de tiendas era una tortura que su hijo había soportado hasta hacía poco con notable estoicismo. Primero fueron las zapatillas de deporte de suela gruesa, estrambótica, según ella. Luego los vaqueros holgados y después las sudaderas con capucha. Lo último había sido una gorra - ¿Desde cuándo te gustan a tí las gorras? - Le había cuestionado, divertida, Estela.

Así que era eso.

—¿Te refieres a las chicas, en general, o se trata de alguna chica en particular? Su madre tenía la habilidad de sonsacarle para, una vez logrado su objetivo, sacarse de la chistera una nueva pregunta. Y para cuando uno quería darse cuenta había caído en sus redes.

—Bueno, no quiero presionarte, si quieres hablar de ello, bien. Pero si prefieres pensarlo por tu cuenta, también lo entiendo. - Era consciente de que los secretos formaban parte de las nuevas reglas del juego. Una forma de intimidad, tan necesaria para su desarrollo, como el calcio y las proteínas; o así, al menos, lo había explicado la psicóloga -¿Qué película vamos a ver hoy?

Mario encogió los hombros como sostuviera con ellos el peso del firmamento, aderezando el gesto con un apático:

—Me da igual.

—¿Hacemos palomitas?

La prueba de las palomitas, pensó Estela para sus adentros maternales, por favor que diga que sí, que no diga...

—Me da igual.

Estela despachó su inquietud a golpes de bayeta, mientras Mario alimentaba las tripas del lavaplatos con astenia de poeta, cuando un plato prófugo estalló contra el terrazo en una deflagración de porcelana.

—!Manuela! - Chilló, al hilo del estallido-.

Y se esfumó de un portazo.

Estella lo dejó estar y recogió el desaguisado. Las dos emes, como solía llamarles, Manuela y Mario... Los hijos siempre se hacen mayores antes de tiempo, pensó.

—¿Mario? - Lo encontró tumbado boca abajo sobre una almohada de lágrimas -.

Se sentó junto a él, sobre la cama, sin rozarlo siquiera, ofreciéndole tan solo el consuelo de su presencia balsámica. Mario pasó del llanto al moco, de la tos al quejido, del sollozo al hipo, en una exhibición total de las capacidades escretoras de la mecánica del llanto.

Hasta que su cuerpo decidió que no le quedaba más agua dentro.

Los fuegos artificiales del maíz estallaban alborotados contra la tapa transparente de la olla, mientras las palomitas se abrían como rosas comestibles al calor de su mirada atónita. Le resultó más fácil confesar en medio de todo ese ruido:

—Le he pedido a Manuela que sea mi novia...

Lo esperaba. Después de lo que había luchado para que su hijo se ganara los galones que se le adjudican a la dichosa palabra: normal. De todo el anhelo y la pelea por hacerla suya, cuando ya se sentía a cubierto de los estragos que pueden causar en uno lo normal y lo que no le cabe dentro: la diferencia, el viento la traía de vuelta.

Y pudo sentir la normalidad palpitando en el desconsuelo adolescente con el que Mario sentenció:

—Y me ha dicho que no.

ABRAHAM Y BACO

Gonzalo Carretero Contreras

Gonzalo Carretero Contreras, residente en Alpedrete y ganador del I Concurso Literario y de Ilustración, se hizo con el tercer premio en la segunda edición de este certamen con "Abraham y Baco". El premio, consistente en un cheque de 100 euros, un diploma y una placa, fue entregado por Lourdes Cuesta, edil de Educación villalbina.

Esta no es una historia sobre la discapacidad y sus cerraduras, ésta es una historia sobre la amistad y sus infinitas llaves...

El mundo lloró fría lluvia el día que Abraham Stern se quedó finalmente solo. En su distante mente aún había cabida para esperanza de que, como tantas otras veces, las cosas volviesen a la normalidad al caer la noche. Pero su madre sabía la verdad. Su madre sabía que su fiel compañero, su buen amigo, su hermano, su segundo padre, no regresaría jamás a casa... Las dudas de la señora Stern habían ido creciendo y creciendo durante el transcurso anormal del día junto con su ansiedad por no saber cuál sería la reacción de su hijo ante el cambio. Y allí, viendo a Abraham pegar la cabeza contra el frío cristal de la cocina para no perder detalle del jardín, un denso temor comenzó a abrirse hueco en su mente y, la misma pregunta que una vez la perturbara tiempo atrás, volvió a dibujarse en el ambiente: "¿Acaso se puede predecir lo impredecible?".

"Autismo", les habían comunicado a los confusos padres doce años antes. Esa palabra, por sí sola, era lo que ligaba y al mismo tiempo explicaba todas esas preguntas sin respuesta que se acumulaban en el pequeño historial de conducta de su hijo Abraham. El porqué no hablaba, el porqué no se relacionaba, el porqué parecía siempre ausente... de pronto adquirieron un nombre que dotaba de entidad al problema, pero que no le restaba importancia. Las causas: su prematuridad. Las preguntas: infinitas. El futuro: nunca fue más incógnito... La noticia no mermó el amor que sentían Yoel y Edna Stern por su hijo, quizás no pudieran entender cuál era la comprensión de Abraham de la realidad, pero les daba igual. Juntos harían lo imposible por cartografiar su intrincada y misteriosa conducta y poder hacer lo más feliz posible al hijo que tanto habían estado esperando. No tardaron mucho en concluir que amaba el silencio, amaba las cosas predecibles y en su sitio habitual, amaba observarlo todo sin llegar a atreverse a tocarlo, y por encima de todo, lo que su joven hijo más amaba, era la rutina. Desgraciadamente las cosas, del modo predecible en como Abraham las conocía, no tardarían mucho en cambiar...

Yoel Stern falleció mientras dormía. Aquella oscura noche, un injusto ataque al corazón dejó a Abraham sin un padre, y a Edna sin un mejor esposo. Los llantos y la incomprensión definieron los días posteriores. Ojalá Abraham hubiese podido entender qué era lo que había pasado, ojalá hubiese podido entender las lágrimas de su madre, el cambio en el transcurso del día, y la desaparición de su padre. Pero no. Lo único de lo que Abraham estaba seguro, era que un sepulcral silencio había invadido la casa, y que por algún motivo, no se trataba de un silencio de los que le gustaban. El joven Stern no había experimentado nunca antes la soledad, y, como todo lo nuevo, le costó aceptar y asumir ese sentimiento. Con su madre consumida por la pena, se pasaba los días mirando hacia la puerta principal de casa a la espera de que su padre entrase a la hora de siempre, pero la puerta jamás se abría. Y cuando la ruptura de los cimientos de su amada rutina parecía inminente, ocurrió algo que lo cambiaría todo: le conoció.

Baco apenas tenía dos semanas de vida cuando vio por primera vez a Abraham. Era un diminuto cachorro de pelo claro y grandes ojos, con cuatro hermanos del mismo tamaño que él y una cariñosa madre que les cuidaba a todos. Sin embargo, algo en aquel chico hizo que abandonase al resto de su familia para acercarse a él. Tal vez era su apariencia frágil, o su mirada perdida, o algo que solo un perro podría notar, pero lo hizo, y ese simple acercamiento, a cortos y torpes pasos, iba a modificar la vida de los dos jóvenes para siempre. Abraham había ido a casa de su tía para no estar solo mientras su madre hacía unos recados, y lo último que esperaba encontrar allí era un primer amigo. Cuando vio a Baco acercarse a él moviendo el rabo de un lado a otro, no llegó a entender bien qué era aquello, su pelo, sus vivos ojos, su lengua fuera, su torpeza... En primera instancia se mostró cauto ante el acercamiento, pero se calmó en cuanto el pequeño animal lamió su mano, como tratando de curar una herida invisible. Mirándole, Abraham vio en aquel cachorro parte de sí mismo. Él también era pequeño, él también era frágil, él también se sentía solo. Y esa empatía fue la que llevó al pequeño Stern a confiar en aquel animal. Con cuidado, y no sin algo de miedo, pasó la mano por el pelaje de su lomo y sonrió, como hacía días que no sonreía. Y así estuvieron durante un tiempo indefinido, mirándose, entendiéndose el uno al otro sin decir una sola palabra.

Cuando Edna volvió, encontró a su hijo sonriendo, y esa sincera sonrisa se propagó hasta ella. En el cómo miraba al perro, su madre intuyó que Abraham acababa de encontrar en Baco un antídoto contra su soledad, algo que nadie podía hallar por él. Y cuando la hermana de Edna, la dueña de los perros, aceptó que Abraham se quedase con Baco, sin duda terminó de romper los duros esquemas del chico para siempre.

El incómodo silencio del hogar se vio sustituido de pronto por el constante traqueteo de las uñas del cachorro sobre el suelo. La pesadumbre que flotaba desde hacía tiempo en el ambiente se disolvió por la vitalidad que aquel pequeño animal desbordaba. Abraham se pasaba los días con él, acariciándole el lomo y dejándose lamer, olvidándose de la rutina que se había escapado junto con su padre. Baco veía en el chico a un compañero de juegos, a alguien con quien divertirse, e intentaba hacer lo posible para que el joven se animase. Abraham tardó en entender que a Baco le gustaba que él le lanzase la pelota para perseguirla, pero cuando por fin lo comprendió, ya no hubo nada que pudiese detenerles. Se pasaban el día entero jugando, al principio como compañeros, después como buenos amigos, y con el inexorable paso del tiempo: como hermanos.

Dicen que un año para un perro corresponde a siete años de vida para un humano, y es verdad. Abraham y Baco crecieron juntos,

como hermanos, solo que se desarrollaron a diferentes velocidades. Conociéndose los dos siendo niños, Abraham seguía siendo un niño cuando Baco entró en la adolescencia. El perro no pudo evitar tener ciertas inquietudes, y más de una vez se escapó de casa para volver horas más tarde. Aquella espera incierta era desoladora para el pequeño Abraham, que no podía siquiera imaginarse la idea de perder a su mejor amigo, y que aguardaba con la mirada fija en el jardín a que regresase. Hubiera sido mucho más fácil si Baco le hubiese podido decir que tan solo se iba a casa de la señora Palasi, ya que se había hecho amigo de su perra Kira. Cuando regresaba, la alegría del chico era enorme, y volvían a jugar y a divertirse como siempre hacían. Y entre lanzamientos de pelota, días y días compartidos, e incontables sonrisas, el tiempo siguió pasando...

Los años se sucedieron de uno en uno, de siete en siete, y para cuando Abraham entró en un colegio especial, Baco ya no era su hermano, se había convertido en su padre. En la mirada de Baco ya no lucía el anhelo de jugar y divertirse tanto como brillaba antes, en cambio, una seriedad y serenidad propia de la adultez aparecieron en sus ojos pardos. Ahora era él quien decidía cuando dejar de jugar. Ahora era él quien se tumbaba en la cama de Abraham para indicarle que ya era hora de irse a dormir, era él quién le despertaba con cuidado por las mañanas y quien esperaba impaciente y preocupado a que volviese a casa después de ir a la escuela. Se sentaba frente a la puerta durante todo el día, y cuando Abraham regresaba, saltaba nervioso buscando en él cualquier tipo de daño. Surgió en Baco un poderoso instinto de protección, sentía que proteger y ayudar a su mejor amigo era lo que debía hacer, y comenzó a ladrar a cualquier cara nueva que osase entrar en casa. Cuidaba del chico como si de un hijo se tratase. Cogía la correa con la boca y se la llevaba a Abraham, no porque él quisiese salir, sino porque quería que el

chico saliese, quería que hiciese amigos de su edad. Por la noche, se acurrucaba junto a Abraham para poder despertarle si tenía una pesadilla, para protegerle incluso en sus sueños, como solo un padre haría. Y, aunque les hubiese gustado que aquello fuese infinito, por desgracia el tiempo siguió pasando...

Edna tuvo la fortuna de presenciar ese cambio de actitud en Baco, tuvo la fortuna de ver como de nuevo, Abraham tenía un padre. Siempre le quiso dar las gracias al perro que, como por arte de magia, había aparecido en sus vidas para volver a hacerles sonreír, para sacar a Abraham de su corteza de rutina, para abrirle al mundo. Siempre

quiso que existiese una palabra que Baco pudiese entender y que representase todo lo que hacía por su hijo, pero por desgracia jamás la encontró, y jamás pudo expresarle semejante sentimiento de afecto. Lo que ella nunca supo, es que Baco también buscó durante toda su vida una forma de hacerle entender a Abraham lo mucho que significaba para él, una forma de hacerle entender que él era el mejor amigo que jamás hubiera podido encontrar, y que un amigo es para siempre, aunque el tiempo, caprichoso e injusto, les separase. Baco, en cambio, sí que hallaría definitivamente el modo de demostrar que su amistad sería eterna...

Doce años después de que se conociesen, Baco finalmente falleció a los ochenta y cuatro años de edad. Ni en su periodo de mayor vejez dejó de ser un abuelo atento. Le costaba caminar y no podía oír nada, pero seguía animando a Abraham a jugar con él y a sacarle a pasear, seguía durmiendo con él y seguía esperando en la puerta impacientemente a que volviese de la escuela. Hasta que una tarde no estuvo allí a su regreso... El día que el mejor amigo de Abraham dejó de respirar el mundo lloró fría lluvia. Edna no sabía cómo decirle a su hijo que ésta no sería una de esas veces en las que Baco regresaba al llegar la noche, sino que esta vez se había ido de verdad. Mientras la madre miraba con el corazón encogido como Abraham observaba por la ventana en busca del menor movimiento, un ruido les sobresaltó a ambos. El teléfono sonó con fuerza. Al otro lado, la anciana voz de la señora Palasi solo dijo una cosa: "Venid, creo que tenéis que ver esto...". Edna, sin entender a qué se refería, cogió a su hijo en brazos y salió a la calle rumbo a la casa vecina de la señora Palasi, más preocupada por la naturaleza de la llamada que intrigada por su significado. Cuando llegaron al pequeño hogar de la anciana, el último regalo de Baco les estaba esperando en la entrada.

En un pequeño catre, la perra Kira amamantaba a tres pequeños cachorros de no más de dos semanas de vida. No hizo falta que Abraham hiciese un solo ruido, uno de los perros, como guiado por una fuerte gravedad, se dio la vuelta y le miró ladeando la cabeza. Se alejó de su familia para acercarse a torpes pasos hacia el confuso chico, se puso a sus pies y comenzó a lamerle la mano. Fue entonces cuando Abraham lo vio. En su claro pelaje y en sus pardos ojos encontró a su fiel Baco. Sin entender porqué ahora era tan pequeño como cuando le conoció, se agacho y acarició el lomo de su buen amigo. Sonrió, como en un principio hiciera. El perro movió la cola contento y siguió lamiendo la mano de Abraham. Y así, doce años después de haberse encontrado por primera vez, tras sin duda los mejores doce años de vida del chico y los ochenta y cuatro mejores años de vida del perro, tras haber cambiado el uno al otro, los nuevos y al mismo tiempo viejos compañeros, Abraham y Baco... volvieron a conocerse.

CONCURSO DE ILUSTRACIÓN

Verónica Esteban Martín, residente en Alpedrete, se alzó con el primer premio del Concurso de Ilustración de la Fundación APASCOVI en su segunda edición. Su fotografía, titulada "Feliz coexistencia", reflejaba una zona de paseo en la zona de Planetocio de Collado Villalba donde conviven escaleras con rampas aptas para personas con movilidad reducida. Tal y como la propia Verónica explicó al público asistente a la entrega de los galardones, la instantánea pretende reflejar un lugar donde todas las personas, independientemente de que sean discapacitadas o no, puedan pasear. La responsable de entregarle el premio, consistente en un cheque de 300 euros, un diploma y una placa conmemorativa del certamen fue la alcaldesa de Collado Villalba, Mariola Vargas. Por su parte, la regidora de Alpedrete, Marisol Casado, se prestó para sujetar la obra mientras Verónica explicaba el significado de la imagen y los asistentes podían contemplar la fotografía en blanco y negro ganadora.

Teresa Mellado Sánchez, usuaria de las Viviendas Tuteladas y del Centro Ocupacional de Collado Villalba de la Fundación APASCOVI, consiguió el segundo premio en la categoría de Ilustración del II Concurso que organizaba APASCOVI y que en esta edición coincidía con el Día Internacional de las Personas con Discapacidad -3 de diciembre-. Su obra "Corazones encadenados" refleja, tal y como ella misma explicó al recoger el galardón, "el amor que siente por su pareja, con la que espera estar toda la vida". Recibía el premio -un cheque de 200 euros, un diploma y una placa conmemorativa- de la responsable de Cultura del Ayuntamiento de Alpedrete, Carmen Semper. Tanto los relatos como las obras artísticas premiados se quedarán en poder de la Fundación APASCOVI, que en un futuro editará un libro-catálogo con los ganadores de ediciones pasadas y futuras para que todos puedan disfrutar del talento de estas personas que han puesto nombre a la lucha contra la discapacidad.

"Con ayuda, puedes" es el título de la acuarela ganadora del tercer premio del II Concurso de Ilustración de la Fundación APASCOVI. Su autora, María Soledad Rodríguez Jiménez, vecina de San Lorenzo de El Escorial, que no pudo asistir a la entrega de premios al encontrarse su hijo enfermo, explicó en boca de su marido, que sí se acercó hasta el Centro Cultural de Alpedrete, las dificultades con las que se encuentran las personas con movilidad reducida en su día a día. Aurora Gil, edil de Educación de Alpedrete, le dio un cheque de 100 euros, un diploma y una placa conmemorativa del certamen.

AGRADECIMIENTO AL JURADO

Por su parte, la directora general de la Fundación APASCOVI, Teresa Sánchez, que ejerció de maestro de ceremonias, quiso tener un detalle de agradecimiento con los miembros del jurado, a los que entregó un reloj de cerámica hecho por el chicos del Taller de Cerámica. Los encargados de valorar los relatos partipantes en el Concurso Literario fueron por el Ayuntamiento de Colmenarejo, Silvia Mascaray, técnico de Cultura; por el Ayuntamiento de Collado Villalba, José Antonio Gilgado, técnico de Educación; por el Ayuntamiento de Alpedrete, Sara Mota, profesora jubilada; y por la Fundación Apascovi, María Mateos, periodista y responsable de Prensa. Mientras que Beatriz Maroto, trabajadora social de la Fundación APASCOVI, y Laura de Dios, periodista y responsable de Prensa de la Fundación APASCOVI formaron el jurado del Concurso de Ilustración.

Teresa Sánchez agradeció la participación de todos aquellos que han escrito o realizado un trabajo artístico sobre la discapacidad, en especial a los escolares que han querido participar en este concurso. Además, animó a todos los presentes a participar en la próxima edición de un certamen que ya se ha convertido en un punto de encuentro y de referencia para APASCOVI y que nació hace un año con una clara vocación de integración social, recogiendo el espíritu de eliminación de barreras de diferencia y marginación. "Queremos que se implique el mayor número de gente posible", señaló la directora general de la Fundación APASCOVI, "para ello queremos que participen alumnos de los centros educativos de la zona, por ello contamos con la colaboración de los Ayuntamientos de Collado Villalba, Alpedrete y Colmenarejo". Aunque Sánchez matizó que en el certamen puede participar todo aquel lo que desee sin límite de edad y que no se dedique de manera profesional al periodismo, a la comunicación o al diseño gráfico, pudiéndose presentar una sola propuesta por persona.

¡Pásate por la sede y compra los números de la suerte!

Ya están a la venta las participaciones de lotería para el Sorteo Extraordinario de Navidad que se celebrará, como cada año, el 22 de diciembre. En esta ocasión los números con los que va a participar la Fundación APASCOVI son el 42.377 y el 88.749. Las participaciones cuestan 5 euros, jugándose dos euros por cada número y donando un euro a APASCOVI.

DIBUJO REALIZADO POR LUISA DEL POZO IZQUIERDO Y CONCHI TALAVERA DOMINGUEZ

El CUC Villalba y el CD Galapagar juegan en 'Los derbis serranos solidarios'

El Club Unión Collado Villalba y el Club Deportivo Galapagar participan en una original iniciativa, los Derbis Serranos Solidarios. El dinero que se recaude con la venta de las entradas para ver los dos partidos en la categoría Preferente en los que se enfrentan ambos equipos de fútbol esta temporada irá íntegramente a proyectos de la Fundación APASCOVI.

El primero de los encuentros tuvo lugar el 30 de noviembre en la Ciudad Deportiva villalbina (con victoria de los primeros por 2 goles a cero). Se recaudaron 2.500 euros destinados a proyectos que tiene en marcha la Fundación APASCOVI.

La vuelta se jugará el domingo 26 de abril, a las 16 horas, en el campo del CD Galapagar. Las entradas, cuyo precio es de 3 euros, se pueden adquirir en las oficinas de ambos clubes así como en la sede de la Fundación APASCOVI y en la taquilla el día del partido.

APASCOVI participa por quinta vez en la carrera benéfica de 24 Horas Ford

La Fundación APASCOVI ha vuelto a participar, y van cinco ediciones, en la carrera solidaria 24 Horas Ford los días 28 y 29 de noviembre el circuito del Jarama, el evento de referencia que une el mundo del motor y la solidaridad. La prueba contó con la presencia de numerosas personalidades y rostros conocidos del mundo de la televisión, el espectáculo y las artes. Por parte de APASCOVI, sus embajadores fueron el actor Jorge Sanz, el director de cine David Trueba y la periodista Ely del Valle. Queremos agradecer tanto a los pilotos que corrieron en el equipo de la Fundación APASCOVI-La Razón, como a la organización de las 24 Horas Ford el trabajo realizado y la solidaridad mostrada hacia nuestra Fundación. En esta ocasión logramos un octavo puesto: en las cuatro ediciones anteriores logramos el segundo.

Si quieres recibir más información de la Fundación APASCOVI, envíanos un correo electrónico a la dirección apascovi@apascovi.org